

Un verdadero ciego

Una antigua fábula persa habla de un hombre que sólo tenía un pensamiento: poseer oro, todo el oro posible.

Era un pensamiento voraz que devoraba su cerebro y su corazón. Así pues, no podía tener ningún otro pensamiento, ningún otro deseo que no fuera el oro.

Cuando pasaba por delante de los escaparates de su ciudad, sólo veía los de los orfebres. No se fijaba en tantas otras cosas maravillosas.

No se fijaba en la gente, no prestaba atención al cielo azul ni al aroma de las flores.

Un día no pudo resistirse: entró corriendo en una joyería y empezó a llenarse los bolsillos de pulseras, anillos y broches de oro.

Por supuesto, al salir de la tienda fue detenido. Los gendarmes le dijeron: “¿Pero cómo ha podido pensar que podría salirse con la suya? La tienda estaba llena de gente”.

«¿En serio?», dijo el hombre atónito. “No me di cuenta. Sólo vi el oro”.

“Tienen ojos y no ven”, dice la Biblia de los falsos ídolos. Se puede decir de tanta gente hoy en día. Están deslumbrados por el brillo de las cosas que más brillan: las que la publicidad diaria desliza ante nuestros ojos, como si fueran el péndulo de un hipnotizador.

Una vez, un profesor hizo una mancha negra en el centro de una hermosa hoja de papel blanco y se la mostró a sus alumnos.

“¿Qué veis?”, preguntó.

“¡Una mancha negra!”, respondieron a coro.

“Todos habéis visto la mancha negra que es diminuta”, replicó el maestro, “y nadie ha visto la gran hoja blanca”.

En el Talmud, que recoge la sabiduría de los maestros judíos de los cinco primeros siglos, está escrito: “En el mundo venidero, cada uno de nosotros será llamado a rendir cuentas por todas las cosas bellas que Dios ha puesto en la tierra y

que nos hemos negado a ver".

La vida es una serie de momentos: el verdadero éxito consiste en vivirlos todos.

No re arriesgues a perder el gran papel en blanco, por perseguir una mota negra.

Una sonrisa al amanecer

Un testimonio conmovedor de Raoul Follereau. Estuvo en un leprosario en una isla del Pacífico. Una pesadilla de horror. Nada más que cadáveres andantes, desesperación, rabia, llagas y horribles mutilaciones.

Sin embargo, en medio de tanta devastación, un anciano enfermo conservaba unos ojos sorprendentemente brillantes y sonrientes. Sufría en cuerpo, como sus infelices compañeros, pero mostraba apego a la vida, no desesperación, y dulzura en su trato con los demás.

Intrigado por aquel verdadero milagro de la vida, en el infierno del leprosario, Follereau quiso buscar una explicación: ¿qué cosa podía dar tanta fuerza para vida a aquel anciano tan golpeado por el mal?

Lo siguió, discretamente. Descubrió que, invariablemente, al despuntar el alba, el anciano se arrastraba hasta la valla que rodeaba el leprosario y llegaba a un lugar concreto.

Se sentaba y esperaba.

No era la salida del sol lo que esperaba. Ni el espectáculo del amanecer del Pacífico.

Esperaba hasta que, al otro lado de la valla, apareciera una mujer, también anciana, con el rostro cubierto de finas arrugas y los ojos llenos de dulzura.

La mujer no hablaba. Sólo envió un mensaje silencioso y discreto: una sonrisa. Pero el hombre se iluminaba ante esa sonrisa y respondía con otra.

La conversación silenciosa duraba unos instantes, luego el anciano se levantaba y volvía trotando al cuartel. Todas las mañanas. Una especie de comunión diaria. El leproso, alimentado y fortificado por aquella sonrisa, podía soportar un nuevo día y aguantar hasta la nueva cita con la sonrisa de aquel rostro femenino.

Cuando Follereau le preguntó, el leproso respondió: “¡Es mi esposa!”.

Y tras un momento de silencio: “Antes de venir aquí, ella me curó en secreto, con todo lo que pudo encontrar. Un hechicero le había dado un unguento. Todos los días me untaba la cara con él, excepto una pequeña parte, lo suficiente para pegar sus labios a ella para darme un beso... Pero todo fue en vano. Entonces me recogieron y me trajeron aquí. Pero ella me siguió. Y cuando vuelvo a verla cada día, sólo por ella sé que sigo vivo, sólo por ella sigo disfrutando de la vida”.

Seguro que alguien le ha sonreído esta mañana, aunque usted no se haya dado cuenta. Seguro que alguien espera hoy su sonrisa. Si entra en una iglesia y abre su alma al silencio, se dará cuenta de que Dios, ante todo, le recibe con una sonrisa.

La rosa

El poeta alemán Rilke vivió un tiempo en París. Para ir a la universidad caminaba todos los días, en compañía de una amiga francesa, por una calle muy transitada.

Una esquina de esta calle estaba permanentemente ocupada por una mendiga que pedía limosna a los transeúntes. La mujer se sentaba siempre en el mismo sitio, inmóvil como una estatua, con la mano extendida y la mirada fija en el suelo.

Rilke nunca le daba nada, mientras que su compañera le daba a menudo algunas monedas.

Un día, la joven francesa, asombrada, preguntó al poeta:

– ¿Por qué nunca le da nada a esta pobre?

– Deberíamos darle algo a su corazón, no a sus manos, respondió el poeta.

Al día siguiente, Rilke llegó con una hermosa rosa recién florecida, la puso en la mano de la mendiga y se dispuso a irse.

Entonces ocurrió algo inesperado: la mendiga levantó la vista, miró al poeta, se levantó a duras penas del suelo, tomó la mano del hombre y la besó. Luego se marchó, estrechando la rosa contra su pecho.

Durante toda una semana nadie volvió a verla. Pero ocho días después, la mendiga estaba de nuevo sentada en la esquina habitual de la calle. Silenciosa e inmóvil como siempre.

– ¿De qué habrá vivido todos estos días en los que no recibió nada? preguntó la joven francesa.

– De la rosa, respondió el poeta.

“Sólo hay un problema, uno solo en la tierra. Cómo volver a dar a la humanidad un sentido espiritual, despertar una inquietud de espíritu. Es necesario que la humanidad sea rociada desde arriba y que descienda sobre ella algo parecido a un canto gregoriano. Verá, no se puede seguir viviendo ocupándose sólo de heladeras, política, presupuestos y crucigramas. No es posible seguir así”, escribió Antoine de Saint-Exupéry.

Las manos de Dios

Un maestro viajaba con un discípulo encargado de cuidar el camello. Un atardecer, habiendo llegado a una posada, el discípulo estaba tan cansado que no ató al animal.

“Dios mío”, rezó mientras se acostaba, “cuida del camello: te

lo confío”.

A la mañana siguiente el camello había desaparecido.

– ¿Dónde está el camello? preguntó el amo.

– No lo sé, respondió el discípulo. Tienes que preguntárselo a Dios. Anoche estaba tan agotado que le confié nuestro camello. Desde luego, no es culpa mía que se escapara o que lo robaran. Le pedí explícitamente a Dios que velara por él. Él es el responsable. Usted siempre me insta a tener la mayor confianza en Dios, ¿no es así?

– Ten la mayor confianza en Dios, pero primero ata tu camello, respondió el amo. Porque Dios no tiene más manos que las tuyas.

Sólo Dios puede dar la fe;

tú, sin embargo, puedes testimoniarla.

Sólo Dios puede dar esperanza;

Tú, sin embargo, puedes infundir confianza en tus hermanos.

Sólo Dios puede dar amor;

Tú, sin embargo, puedes enseñar a otros a amar.

Sólo Dios puede dar la paz;

Tú, sin embargo, puedes sembrar la unidad.

Sólo Dios puede dar fuerza;

Tú, sin embargo, puedes dar apoyo a los desanimados.

Sólo Dios es el camino;

Tú, sin embargo, puedes mostrar el camino a los demás.

Sólo Dios es la luz;

Tú, sin embargo, puedes hacerla brillar a los ojos de todos.

Sólo Dios es la vida;

Tú, sin embargo, puedes reavivar en los demás el deseo de vivir.

Sólo Dios puede hacer lo que parece imposible;

Tú, sin embargo, puedes hacer lo que es posible.

Sólo Dios se basta a sí mismo;

él, sin embargo, prefiere contar contigo.

(Canción brasileña)

Ser amable como Don Bosco (2/2)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

5) Ser auténtico

En la era digital, las personas auténticas son muy importantes. No presumen, no intentan encajar en un molde, se sienten cómodos con lo que son y no tienen miedo de mostrarlo. Expresan sus pensamientos y sentimientos con total honestidad, sin preocuparse por lo que puedan pensar los demás, creando un ambiente de honestidad y aceptación.

En sus *Memorias*, se recoge esta complacida afirmación: “Yo por todos los compañeros, incluso los mayores en edad y estatura, me temían por mi valor y mi gallarda fuerza”.

“Es inútil, diría a su vez don Cafasso, quiere hacerlo a su manera; sin embargo, hay que dejarle hacerlo; incluso cuando un proyecto sería desaconsejable, don Bosco lo consigue”; resentida por no haberle ganado para su causa, la marquesa Barolo le acusó de ser “terco, obstinado, orgulloso”.

Son buenos ladrillos. Sabe utilizarlos bien para construir una obra maestra.

Sencillez.

Muchas personas necesitan aparentar ser diferentes, parecer más fuertes de lo que son. Querer ser lo que no son.

Las flores simplemente florecen. Ligeras silenciosas son lo que son. La persona sencilla como los pájaros en el cielo. El canto a veces, silencio más a menudo, la vida siempre. Don Bosco vive como respira. Siempre es él. Nunca doble, nunca pretencioso, nunca complejo. La inteligencia no es enmarañada, complicada, esnobismo. La realidad es compleja sin duda. No podríamos describir fácilmente un árbol, una flor, una

estrella, una piedra... Eso no impide que sean simplemente lo que son. La rosa no tiene por qué, florece porque florece, no se cuida, no desea ser vista...

Las Memorias cuentan que en 1877, en Ancona, «Don Bosco fue a celebrar hacia las diez en la iglesia del Gesù, oficiada por los Misioneros de la Preciosa Sangre. Le sirvió la Misa un joven, que no olvidó aquel encuentro durante el resto de su vida. Vio entrar en la sacristía a un “curita” bajito, modesto de rostro y actitud, totalmente desconocido. Pero “en ese rostro de tez morena” vio algo de una bondad atractiva, que inmediatamente despertó en él una mezcla de curiosidad y reverencia. Mientras celebraba, notó que había algo especial en él, algo que invitaba al recogimiento y al fervor. Al final de la misa, después de la acción de gracias, el sacerdote le puso la mano en la cabeza, le dio diez céntimos, quiso saber quién era y a qué se dedicaba, y le dirigió unas buenas palabras. ¡Cuarenta y ocho años después, aquel joven, que se llamaba Eugenio Marconi y era alumno del Instituto del Buen Pastor, escribiría más tarde: “¡Oh, la dulzura de aquella voz! ¡la afabilidad, el cariño que contenían aquellas palabras! Me sentí confundido y conmovido”. Poco después descubrió que el “curita” era Don Bosco y fue un amigo devoto suyo durante toda su vida.

Lo contrario de sencillo no es complicado, sino falso. La sencillez es desnudez, expoliación, pobreza. Sin otra riqueza que todo. Sin otro tesoro que la nada. La sencillez es libertad, ligereza, transparencia. Sencillo como el aire, libre como el aire. Como una ventana abierta al gran soplo del mundo, a la presencia infinita y silenciosa de todo.

Donde sopla el Espíritu del Evangelio: «Mirad los pájaros que viven en libertad: no siembran, no siegan, no ponen su cosecha en graneros... y, sin embargo, ¡vuestro Padre que está en los cielos los alimenta! Pues bien, ¿no sois vosotros mucho más importantes que ellos?» (Mt 6, 26).

Las *Memorias Biográficas* afirman tranquilamente: «Era evidente que se arrojaba en los brazos de la divina Providencia, como un niño en los de su madre» (MB III, 36).

Todo es sencillo para Dios. Todo es divino para los sencillos. Incluso el trabajo. Incluso el esfuerzo.

6) Ser resistente

La vida está llena de sorpresas. Las cosas no siempre salen bien y a veces nos enfrentamos a retos que ponen a prueba nuestra fuerza y determinación. En esos momentos, la resiliencia es una cualidad poderosa. Se trata de tener la fuerza mental y emocional para recuperarse ante la adversidad, para seguir adelante incluso cuando las cosas se ponen difíciles. Y es algo que la gente admira. Tener al lado a alguien que encarna el coraje puede ser una increíble fuente de inspiración. Creo que el mejor título para una vida de Don Bosco es Juancito Siempredepie.

Monseñor Cagliero recuerda: «No recuerdo haberle visto ni un solo momento, en los 35 años que estuve a su lado, desanimado, molesto o inquieto por las deudas que a menudo le agobiaban. Decía a menudo: La Providencia es grande, y como piensa en los pájaros del cielo, así pensará en mis jóvenes».

«Mirad, soy un pobre sacerdote, pero si me sobrara, aunque fuera un trozo de pan, lo compartiría con vosotros». Era la frase más repetida por Don Bosco.

Los verdaderos amigos son como las estrellas... no siempre los ves, pero sabes que siempre están ahí.

7) Sé humilde

Las personas humildes no necesitan constantes elogios o reconocimientos para sentirse bien consigo mismas y no sienten la necesidad de demostrar su valía a los demás. Además, tienen una mente abierta y siempre están dispuestas a aprender de los demás, independientemente de su estatus o posición.

Don Bosco nunca se avergonzó de pedir limosna. Humilde y fuerte, como le había pedido su maestro. Con todos mantenía la cabeza alta.

8) Derrochando ternura

Miguel Rua se encariñó con Don Bosco, aquel sacerdote junto al que uno se sentía alegre y como lleno de calor. Vivía en la

Real Fábrica de Armas, Miguelito, donde había trabajado su padre. Cuatro de sus hermanos habían muerto muy jóvenes, y él era muy frágil. Por eso su madre no le dejaba ir muchas veces al oratorio. Pero aun así conoció a Don Bosco en las Escuelas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, donde cursó el tercer grado. Así lo contó:

«Cuando Don Bosco venía a decir misa y a predicar, en cuanto entraba en la capilla parecía como si una corriente eléctrica atravesara a todos aquellos numerosos niños. Saltábamos, nos levantábamos de nuestros asientos y nos apiñábamos a su alrededor. Tardaba mucho en llegar a la sacristía. Los buenos Hermanos no pudieron evitar aquel aparente desorden. Cuando venían otros sacerdotes, no ocurría nada parecido».

Don Bosco era tan atrayente como un imán. Hay un episodio cómico y tierno, relatado en las Memorias Biográficas de Don Bosco con la ligereza de las Florcitas

«Una tarde, paseando Don Bosco por una acera de la calle Doragrossa, hoy llamada calle Garibaldi, pasó por delante de la puerta acristalada de una magnífica tienda de telas cuyo cristal ocupaba todo el ancho de la puerta. Un buen joven del Oratorio, que allí servía de mensajero, al ver a Don Bosco, en el primer impulso de su corazón, sin reflexionar que la puerta acristalada estaba cerrada, corrió a ir a reverenciarle; pero se golpeó la cabeza con el cristal y lo hizo añicos. Al chocar el cristal, Don Bosco se detuvo y abrió la ventana; el muchacho mortificado se acercó a él; el dueño salió de la tienda, levantó la voz y gritó; los pasajeros se reunieron a su alrededor. “¿Qué has hecho?”, preguntó Don Bosco al joven; y éste, ingenuamente, respondió: “Te vi pasar y, por un gran deseo de reverenciarte, no hice más caso de que tenías que abrir la ventanilla y la rompí» (*Memorias biográficas MB III, 169-170*).

Era un sentimiento explosivo de amistad el que los muchachos sentían por Don Bosco. En la línea de San Francisco de Sales, el cantor de la amistad espiritual, Don Bosco sentía que la amistad basada en la benevolencia y la confianza mutuas parecía esencial para su sistema preventivo.

La amistad para Don Bosco era ese “toque extra” que transformaba un método educativo similar a otros en una obra maestra única y original.

Don Rua, Monseñor Cagliero y otros **le llamaban papa...**

Al fin y al cabo, lo más importante es la amabilidad. Es la forma en que tratas a los demás, la compasión que muestras y el amor que difundes lo que realmente define quién eres como persona. La amabilidad puede ser tan simple como una sonrisa, una palabra de ánimo o una mano tendida. La idea es hacer que los demás se sientan valorados y queridos. Los chicos de Don Bosco testificaban con una insistencia casi monótona: «Él me quería». Uno de ellos, San Luis Orione, escribiría: «Caminaría sobre brasas para verle una vez más, y darle las gracias».

El muchacho no podía entender cómo Don Bosco, a quien había encontrado por casualidad semanas antes en el patio, aún recordaba su nombre. Se armó de valor y le preguntó: “*Don Bosco, ¿cómo se ha acordado de mi nombre?*”.

“¡Nunca olvido a mis hijos!”, respondió.

A un muchacho que salía del Oratorio por su propia voluntad, Don Bosco, al encontrarlo, le preguntó:

“¿Qué tienes en la mano?”

“Cinco liras que me dio mi mamá para comprar un billete de tren”.

“Tu mamá te pagó el pasaje para el viaje del Oratorio a tu casa, y eso está bien. Ahora coge estas otras cinco liras. Son para el billete de vuelta. Cuando lo necesites, ven a verme”.

La atención es una forma de amabilidad, del mismo modo que la falta de atención es la mayor grosería que se puede hacer. A veces es violencia implícita, sobre todo cuando se trata de niños: la desatención se considera con razón maltrato cuando alcanza un umbral insoportable, pero en pequeñas dosis forma parte de las ignominias ordinarias que muchos niños se ven obligados a soportar. La falta de atención es hielo: y es difícil crecer en el hielo, donde el único consuelo es quizá una televisión llena de sueños violentos o consumistas. La atención es calidez y afecto, lo que permite que se desarrolle

y florezca el mejor potencial.

«También necesito que la gente conozca la importancia de los Salesianos Cooperadores. Hasta ahora parece poca cosa; pero espero que por este medio una buena parte de la población italiana se haga salesiana y abra el camino a muchas cosas». La Obra de los Salesianos Cooperadores... se extenderá por todos los países, se extenderá por toda la cristiandad, llegará un tiempo en que el nombre de Cooperador significará verdadero cristiano... ya veo no sólo familias, sino ciudades y pueblos enteros haciéndose Salesianos Cooperadores.

Ya que las predicciones de Don Bosco se han hecho realidad, ¡prepárate para ver cosas buenas en este siglo!

9) Así predicaba Dios Don Bosco

Quienes escriben sobre él se equivocan flagrantemente cuando intentan convertirlo en un pedagogo o incluso en un brillante innovador social. Ciertamente Don Bosco se ocupó de obras de caridad como tantos otros, y también de justicia social. Su fuerza excepcional reside, sin embargo, en el hecho de que en todo lo que hizo se apoyó única y completamente en Dios.

«Es verdaderamente admirable, exclamó uno de los presentes, el modo de proceder. Don Bosco empieza y nunca se da por vencido».

«Por eso, prosiguió Don Bosco, nunca damos marcha atrás, porque siempre vamos sobre seguro. Antes de emprender algo nos aseguramos de que es voluntad de Dios que las cosas se hagan. Comenzamos nuestras obras con la certeza de que es Dios quien las quiere. Teniendo esta certeza, seguimos adelante. Puede parecer que se encuentran mil dificultades en el camino; no importa; Dios lo quiere, y nosotros permanecemos intrépidos ante cualquier obstáculo. Confío ilimitadamente en la Divina Providencia; *pero la Providencia también quiere ser ayudada por nuestros inmensos esfuerzos*».

Sus esfuerzos tienen siempre el color del infinito.

Incluso Nietzsche afirma que la percepción de la vida interior de las personas es instintiva. Los jóvenes tienen, pues, una aptitud natural para observar lo que se esconde tras el

exterior de una persona. Tienen antenas especiales para captar señales que no pueden observarse por medios ordinarios. Son capaces de percibir lo que está oculto para los demás.

Nuestra antena espiritual nos hace sensibles a la belleza moral de las personas, nos hace notar instintivamente la dimensión moral y espiritual de sus vidas.

En 1864 Don Bosco llega a Mornese con sus muchachos, en sus paseos otoñales. Ya es de noche. La gente acude a su encuentro precedida por el párroco Don Valle y el sacerdote Don Pestarino. La banda toca, muchos se arrodillan al paso de Don Bosco pidiéndole que les bendiga. Los jóvenes y el pueblo entran en la iglesia, se da la bendición con el Santísimo Sacramento, luego todos van a cenar.

Después, animados por los aplausos, los chicos de Don Bosco dan un breve concierto de marchas y música alegre. En primera fila está María Mazzarello, de 27 años. Al final, Don Bosco dice unas palabras: «Estamos todos cansados, y mis muchachos quieren dormir bien. Mañana, sin embargo, hablaremos más extensamente».

Don Bosco permanece cinco días en Mornese. Todas las noches María Mazzarello puede escuchar las “buenas noches” que da a sus jóvenes. Se sube a los bancos para acercarse a aquel hombre. Alguien se lo reprocha como un gesto impropio. Ella responde: «Don Bosco es un santo, lo siento».

Es mucho más que un sentimiento. ¿A cuántas mujeres les cambiará la vida? Sólo hace falta un movimiento, un simple movimiento de esos que hacen los niños cuando se lanzan hacia delante con todas sus fuerzas, sin miedo a caerse ni a morir, ajenos al peso del mundo.

Se trata de nuevo de un espejo: nadie volvió su rostro hacia las mujeres más que Jesucristo, como se vuelve la mirada hacia el follaje de los árboles, como uno se inclina sobre el agua de un río para sacar fuerzas y la voluntad de continuar su camino. Las mujeres en la Biblia son numerosas. Están al principio y al final. Dan a luz a Dios, le ven crecer, jugar y morir, y luego le resucitan con los gestos sencillos de un

amor insensato.

Todavía hay quien se preocupa por las demostraciones de la existencia de Dios. La demostración más perfecta de Dios no es difícil.

El niño preguntó a su madre: «En tu opinión, ¿Dios existe?»
«Sí».

«¿Cómo es eso?»

La mujer atrajo a su hijo hacia sí.

Le abrazó con fuerza y le dijo: «Dios es así».

«Lo he comprendido».

Don Pablo Albera: «Don Bosco educaba amando, atrayendo, conquistando y transformando. [...] Nos envolvía a todos y casi por completo en una atmósfera de alegría y felicidad, de la que se desterraban el dolor, la tristeza, la melancolía... Todo en él ejercía una poderosa atracción sobre nosotros: su mirada penetrante, a veces más eficaz que un sermón; el simple movimiento de su cabeza; la sonrisa que florecía perpetuamente en sus labios, siempre nueva y variada, y, sin embargo, siempre tranquila; la flexión de su boca, como cuando se quiere hablar sin pronunciar las palabras; las mismas palabras cadenciosas de una manera y no de otra; el porte de su persona y su andar esbelto y fácil: todas estas cosas actuaban sobre nuestros corazones juveniles como un imán del que era imposible escapar; y aunque hubiéramos podido, no lo habríamos hecho ni por todo el oro del mundo, tan felices éramos con este singular ascendiente suyo sobre nosotros, que en él era lo más natural, sin estudio ni esfuerzo».

Siempre presente y vivo. Dios como compañía, aire que se respira. Dios como agua para los peces. Dios como el nido cálido de un corazón amante. Dios como el aroma de la vida. Dios es lo que conocen los niños, no los adultos.

Ahora vamos a cambiar el mundo (Willy Wonka)

Ser amable como Don Bosco (1/2)

Ser amable es una cualidad humana que se cultiva, aceptando el esfuerzo que a menudo conlleva. Para Don Bosco no era un fin en sí mismo, sino un camino para conducir las almas a Dios. Exposición en las 42 Jornadas de Espiritualidad Salesiana en Valdocco, Turín.

Todas las cosas buenas de este mundo empezaron con un sueño (Willy Wonka).

No renuncies al tuyo (la madre de Willy Wonka).

Un escultor trabajaba afanosamente con su martillo y su cincel sobre un gran bloque de mármol. Un niño pequeño, que paseaba lamiendo helado, se detuvo ante la puerta abierta de par en par del taller.

El pequeño miraba fascinado la lluvia de polvo blanco, de pequeños y grandes trozos de piedra que caían a diestra y siniestra.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando; aquel hombre que esculpía la gran piedra de manera frenética le parecía un poco extraño.

Unas semanas más tarde, el niño pasó por delante del estudio y, para su sorpresa, vio un león grande y poderoso en el lugar donde antes estaba el bloque de mármol.

Todo emocionado, el niño corrió hacia el escultor y le dijo: "Señor, dime, ¿cómo sabías que había un león en la piedra?"

El sueño de Don Bosco es el cincel de Dios.

El simple y singular consejo de la Virgen en el sueño de los nueve años "Hazte humilde, fuerte y robusto" se convirtió en la estructura de una personalidad única y fascinante. Y sobre

todo un “estilo” que podemos definir como “salesiano”.

Todo el mundo amaba a Don Bosco. ¿Por qué? Era atractivo, un líder nato, un verdadero imán humano. A lo largo de su vida sería siempre un ‘conquistador’ de amigos leales.

Juan Giacomelli, que siguió siendo su amigo de por vida, recuerda: «Entré en el seminario un mes después que los demás, no conocía a casi nadie, y en los primeros días estaba como perdido en la soledad. Fue el clérigo Bosco, quien se acercó a mí la primera vez que me vio solo, después del almuerzo, y me hizo compañía todo el tiempo en los recreos, contándome varias cosas graciosas, para distraerme de cualquier pensamiento que pudiera tener de casa o de los parientes que había dejado atrás. Hablando con él, me enteré de que había estado bastante enfermo durante las vacaciones. Entonces se deshizo en atenciones hacia mí. Entre otras, recuerdo que como yo tenía un birrete desproporcionadamente alto, de la que varios de mis compañeros se burlaban, y que nos disgustaba a mí y a Bosco, que venía a menudo conmigo, él mismo me la arregló, ya que llevaba consigo el material necesario y era muy bueno cosiendo. Desde entonces empecé a admirar la bondad de su corazón. Su compañía era edificante».

¿Podemos robarle algunas de sus cualidades para llegar a ser también “amables”?

1) Ser una fuerza positiva

Alguien que mantiene constantemente una actitud positiva nos ayuda a ver el lado positivo y nos empuja hacia adelante.

«Cuando Don Bosco visitó por primera vez el mísero techo, que iba a servir para su oratorio, tuvo que tener cuidado de no romperse la cabeza, porque por un lado sólo tenía un metro de altura; por suelo tenía la tierra desnuda, y cuando llovía el agua penetraba por todos lados. Don Bosco sentía grandes ratas que corrían entre sus pies, y murciélagos que revoloteaban sobre su cabeza». Pero para Don Bosco era el lugar más hermoso del mundo. Y se puso en marcha a la carrera: «Corrí rápidamente hacia mis jóvenes; los reuní a mi alrededor y en

voz alta grité: “Ánimo, hijos míos, tenemos un Oratorio más estable que en el pasado; tendremos una iglesia, una sacristía, salas para las escuelas, un campo de recreo”. El domingo, domingo iremos al nuevo Oratorio que hay está ahí en casa Pinardi. Y les enseñaremos el lugar».

La Alegría.

La alegría, un estado de ánimo positivo y feliz, fue la norma en la vida de Don Bosco.

Para él es más verdadera que nunca la expresión «Mi vocación es otra. Mi vocación es ser feliz en la felicidad de los demás».

Frente al amor no hay adultos, sólo niños, ese espíritu infantil que es abandono, despreocupación, libertad interior.

«Iba de un sitio a otro del patio, siempre con el alarde de ser un hábil jugador, algo que requería sacrificio y esfuerzo continuo. “Era encantador verle entre nosotros”, decía uno de los alumnos, ya de edad avanzada. Algunos estábamos sin chaqueta, otros la tenían, pero toda hecha jirones; éste apenas podía mantener los pantalones en las caderas, aquél no tenía sombrero, o los dedos de los pies sobresalían de sus zapatos rotos. Uno era desaliñado, a veces mugriento, grosero, importuno, caprichoso, y encontraba su deleite en estar con los más miserables. Al más pequeño le tenía un afecto de madre. A veces dos niños se insultaban y se pegaban por juegos. Don Bosco se acercaba rápidamente a ellos y les invitaba a parar. Cegados por la cólera, a veces no hacían caso, y entonces él levantaba la mano como para pegarles; pero de repente se detenía, los cogía del brazo y los separaba, y pronto los pequeños traviesos cesaban todas sus peleas como por arte de magia».

A menudo alineaba a los jóvenes en dos bandos enfrentados por la *barrarotta* (es el nombre de un juego), y haciéndose el jefe de uno de los bandos, montaba un juego tan animado que, en parte jugadores y en parte espectadores, todos los jóvenes se enardecían con estos juegos. Por un lado, querían la gloria de

la victoria de Don Bosco, por otro festejaban por la seguridad de la victoria.

No pocas veces desafiaba a todos los jóvenes a superarle en la carrera, y fijaba la meta otorgando el premio al vencedor. Y allí se alineaban. Don Bosco se levanta la sotana hasta la rodilla: – Atención, gritad: ¡Uno, dos, tres! – Y un enjambre de jóvenes se lanzaba hacia delante, pero Don Bosco era siempre el primero en llegar a la meta. El último de estos desafíos tuvo lugar precisamente en 1868 y Don Bosco, a pesar de sus piernas hinchadas, seguía corriendo tan rápido que dejó atrás a 800 jóvenes, muchos de ellos maravillosamente delgados. Los que estábamos presentes no podíamos creer lo que veíamos (MB III,127).

2) Preocuparse sinceramente por los demás

Una de las características de las personas “atrayentes” es la preocupación genuina y sincera por los demás. No se trata sólo de preguntar a alguien cómo le ha ido el día y escuchar su respuesta. Se trata de escuchar de verdad, empatizar y mostrar verdadero interés por la vida de los demás. Don Bosco lloró con el corazón roto por la muerte de Don Calosso, de Luis Comollo, al ver a los primeros chicos entre rejas.

La juventud anticlerical

De este joven haremos alguna mención porque es como el representante de otros ciento y pico de sus compañeros. En el otoño de 1860, Don Bosco entraba en el café, llamado de la Consolata, porque estaba cerca del famoso Santuario de ese nombre, y tomaba asiento en una sala apartada para leer tranquilamente la correspondencia que solía llevar consigo. En aquel local, un camarero despreocupado y cortés atendía a los clientes. Se llamaba Cotella Juan Pablo, era natural de Cavour (Turín) y tenía trece años. Se había escapado de casa en el verano de ese año, porque no soportaba los reproches y la severidad de sus padres. Le dejamos a él la descripción de su encuentro con Don Bosco, tal como se lo narró a Don Cerruti Francisco.

Una tarde, contó él, el patrón me dijo: «Lleva una taza de café a un sacerdote que está en aquella habitación». «¿Yo llevar café a un cura?», dije como sobresaltado. Los curas eran entonces tan impopulares como ahora, incluso más que ahora. Yo había oído y leído todo tipo de cosas y, por tanto, me había formado una muy mala opinión de los curas.

Continué con aire burlón: «¿Qué quieres de mí, cura?», le pregunté a Don Bosco con pesar. Y él me miró fijamente: «Quisiera de ti, buen joven, una taza de café», respondió con gran amabilidad, «pero con una condición». «¿Cuál?» «Que me lo traiga usted mismo».

Aquellas palabras y aquella mirada me conquistaron y me dije: «Este no es un cura como los demás».

Le llevé el café; una fuerza arcana me mantuvo cerca de él, que empezó a interrogarme, siempre de la forma más cariñosa, sobre mi país natal, mi edad, mis ocupaciones y, sobre todo, por qué me había escapado de casa. Entonces: «¿Quieres venir conmigo?», me dijo. «¿Dónde?» «Al Oratorio de D. Bosco. Este lugar y este servicio no son para ti». «¿Y cuando estés allí?» «Si quieres, puedes estudiar». «¿Pero me mantendrás bien?» «¡Oh, piensa! Allí juegas, estás alegre, te diviertes...». «Bueno, bueno», respondí, «iré. ¿Pero cuándo? ¿Inmediatamente? ¿Mañana?» «Esta tarde», añadió D. Bosco.

Renuncié a mi patrón, que hubiera querido que me quedara unos días más, cogí mis pocos harapos y me fui al Oratorio aquella misma tarde. Al día siguiente, D. Bosco escribió a mis padres para tranquilizarlos respecto a mí, e invitándoles a acudir a él para el necesario entendimiento sobre su ayuda con la comida y los gastos correspondientes. En efecto, mi madre vino y, después de escuchar lo que dijo sobre el estado de la familia: «Bien, concluyó D. Bosco, hagámoslo así; tú pagas 12 liras al mes, D. Bosco pondrá el resto».

Admiré en esto, no sólo la exquisita caridad, sino la prudencia de D. Bosco. Mi familia no era rica, pero gozaba de suficiente fortuna. Si, por tanto, me hubiera aceptado gratuitamente, no habría hecho bien, pues esto habría perjudicado a otros más necesitados que yo.

Durante dos años sus parientes habían mantenido el acuerdo con Don Bosco respecto a la pensión, pero al comienzo del tercero dejaron de pagar y ya no quisieron saber nada: El joven, aunque vivaz en grado sumo, era abierto, franco, de buen corazón, de conducta ejemplar, y sacaba mucho provecho de sus estudios. Ahora en este año escolar (1862 – 1863), cuando estaba a punto de entrar en la cuarta clase, temeroso de tener que interrumpir sus estudios, se sinceró con Don Bosco, quien le contestó: «¿Y qué importa si tus padres ya no quieren pagar? ¿No estoy yo ahí? **Ten por seguro que Don Bosco no te abandonará**». Y efectivamente, mientras permaneció en el Oratorio, Don Bosco le proporcionó todo lo que necesitaba. Cuando terminó el cuarto año de bachillerato y superó con éxito los exámenes, se puso a trabajar; y el primer dinero que pudo reunir con su trabajo, lo envió a Don Bosco a costa de privaciones y en pequeños plazos para completar el saldo de la pequeña pensión que sus parientes se habían olvidado de pagarle en su último año en el Oratorio. Vivió como un buen cristiano, difundió con celo las lecturas católicas, fue de los primeros en afiliarse a la unión de antiguos alumnos y mantuvo siempre una afectuosa comunicación con sus antiguos superiores.

3) Ser un buen escuchador

En un mundo en el cual todo el mundo parece estar hablando todo el tiempo, un buen oyente se destaca. Escuchar lo que alguien dice es una cosa, pero escuchar de verdad -absorber y comprender- es otra cosa. Ser un buen oyente no consiste sólo en permanecer en silencio mientras la otra persona habla. Se trata de participar en la conversación, hacer preguntas de profundización y mostrar un interés genuino.

El contacto como intercambio de energía.

Tenía una de las cualidades más raras: la “gracia de estar”. Una vida desbordante, como el buen vino de la cuba. Por la que miles de personas decían: «¡Gracias por estar ahí!» y «¡A tu lado yo soy un otro!»

«Escuchaba a los chicos con la mayor atención, como si las cosas que dijeran fueran muy importantes. A veces se levantaba o caminaba con ellos por la habitación. Cuando terminaba la conversación, los acompañaba hasta el umbral, abría él mismo la puerta y se despedía de ellos diciendo: ¡Somos siempre amigos, eh!» (Memorias biográficas VI, 439).

4) La belleza del hombre bueno

Por esto Don Bosco es atrayente. El cardenal Juan Cagliero relató el siguiente hecho constatado personalmente cuando acompañaba a Don Bosco. Después de una conferencia celebrada en Niza, Don Bosco salió del presbiterio de la iglesia para dirigirse a la puerta, rodeado por la multitud que no le dejaba caminar. Un individuo de aspecto adusto permanecía inmóvil, observándole como si no estuviera tramando nada bueno. Don Cagliero, que no le quitaba ojo, inquieto por lo que pudiera suceder, vio acercarse al hombre. Don Bosco le habló: «¿Qué quieres?» «¿Yo? ¡Nada!».

«¡Parece que tienes algo que decirme!» «No tengo nada que decirle».

«¿Quieres confesarte?» «¿Confesarme? ¡Ni por asomo!»

«Entonces, ¿qué haces aquí?» «Estoy aquí porque... ¡no puedo irme!»

«Comprendo... Señores, déjenme solo un momento», dijo Don Bosco a los que le rodeaban. Los que lo rodeaban se apartaron, Don Bosco susurró unas palabras al oído del hombre que, cayendo de rodillas, se confesó en medio de la iglesia (cf. MB XIV, 37).

El Papa Pío XI, el Pontífice que canonizó a Don Bosco y que había sido huésped de Don Bosco en la Casa Pinardi en el otoño de 1883, recuerda: «Aquí respondía a todos: y tenía la palabra justa para todo, tan propia que asombraba: primero sorprendía y luego asombraba demasiado».

Dos cosas nos hacen comprender la eternidad: el amor y el asombro. Don Bosco las resumía en su persona. La belleza exterior es el componente visible de la belleza interior. Y se manifiesta a través de la luz que emana de los ojos de cada

individuo. No importa si está mal vestido o no se ajusta a nuestros cánones de elegancia, o si no trata de imponerse a la atención de las personas que le rodean. Los ojos son el espejo del alma y, en cierta medida, revelan lo que parece oculto.

Pero, además de la capacidad para brillar, poseen otra cualidad: actúan como espejo tanto de los dones que alberga el alma como de los hombres y mujeres que son objeto de su mirada.

En efecto, reflejan a quien los mira. Como cualquier espejo, los ojos devuelven el reflejo más íntimo del rostro que tienen delante.

Un viejo sacerdote, antiguo alumno de Valdocco, escribía en 1889: “Lo que más destacaba en Don Bosco era su mirada, dulce pero penetrante, hasta las tinieblas del corazón, en las que uno difícilmente podía resistirse a mirar”. Y añadía: “Normalmente los retratos y los cuadros no muestran esta singularidad” (MB VI, 2-3).

Otro antiguo alumno, de los años 70, Pons Pedro, revela en sus recuerdos: “Don Bosco tenía dos ojos que traspasaban y penetraban la mente... Se paseaba hablando y mirando a todo el mundo con dos ojos que se volvían en todas direcciones, electrizando de alegría los corazones” (MB XVII, 863).

Sabes que eres una buena persona cuando la gente siempre acude a ti en busca de consejo y aliento. La puerta de Don Bosco estaba siempre abierta para jóvenes y mayores. La belleza del hombre bueno es una cualidad difícil de definir, pero cuando está ahí, se nota: como un perfume. Todos sabemos lo que es el perfume de las rosas, pero nadie puede levantarse y explicarlo.

A veces sucedía este fenómeno, que un joven escuchaba la palabra de Don Bosco y no podía apartarse de su lado, absorto casi en una idea luminosa... Otros velaban por la noche a su puerta, dando ligeros golpecitos de vez en cuando, hasta que se les abría, porque no querían irse a dormir con el pecado en el alma.

(continuación)

Mensaje de clausura de las 42^a Jornadas de Espiritualidad Salesiana

A mi queridísima Familia

Mis queridos hijos e hijas,

El sueño que hace soñar. Este es el legado que os dejo: un sueño. Ese sueño que ha guiado mi vida. Ahora es vuestro sueño. Lo que he tenido de más precioso, os lo doy a vosotros. Vino de lo alto y, como todo lo que nace de Dios, no puede morir. Ha sido mi vocación y mi misión.

Si estáis hoy aquí, es porque habéis sido **elegidos para una misión**. Esta es vuestra vocación: estáis llamados a continuar lo que yo he comenzado. A realizar hoy todos los sueños de Dios, que son también los míos. Y a realizarlos juntos, en familia.

Por eso **os pido que os vayáis**. Una vez más, márchense. Partir sin descanso, sin cesar.

Como Abraham, como José y María, como Leví, Simón, Andrés y todos los demás. Como hice yo.

Vete, dice Dios. Yo te diré adónde debes ir. No os cansáis. No os detengáis nunca.

Os dije a menudo: descansaremos en el Paraíso. Que esta sea vuestra dirección. Id al Paraíso y llevad con vosotros a

tantos niños, niñas y jóvenes como podáis.

Creed en las más altas y bellas verdades. Confiad en Dios Creador, en el Espíritu Santo que mueve todas las cosas hacia el bien, en el abrazo de Cristo presente en cada persona y que espera a todos al final de su existencia; creed, os espera, en la familia.

Confiad en la Maestra, dejad que os lleve de la mano. Ella nunca os abandonará.

Una Madre siempre mantiene el fuego encendido y la puerta abierta.

Estéis donde estéis, **iconstruid!** De pie, siempre. Si estáis abajo, ¡levantad! ¡El mundo os necesita! Nuestro rebaño está amenazado, los lobos acechan: sus colmillos se llaman violencia física, violencia afectivo-sexual, violencia económica, ciberviolencia y la terrible exclusión social.

Amad a las personas. Amad una a una. Respetad el camino de cada uno, sea lineal o atormentado, porque cada persona es sagrada.

Llorad con los que lloran, pero trabajad para que no haya más lágrimas en este mundo. «No llores», dijo Jesús a la viuda de Naín. Devolved los hijos vivos a las madres de este mundo.

Que vuestra manera de amar sea una fuerza transformadora que lleve a la felicidad. Tened un amor puro, sembrad alegría y por donde pases sé una bendición. No desperdiciad vuestra vida. Contaminad el mundo con vuestra alegría.

Salvaos de la indiferencia. Disfrutad del milagro de la luz, del agua viva y del pan compartido. Recordad que la fe humaniza. Siempre. Observad, aprended y sed pacientes, y dejad que Dios dicte los tiempos de la Providencia.

No dejad espacio para pensamientos amargos y oscuros. Este mundo es el primer milagro que Dios ha realizado, y Dios ha

puesto en vuestras manos la gracia de nuevos milagros. Esperad siempre un milagro, en la vida cotidiana.

Sincronizad vuestros latidos en las lágrimas de tantos jóvenes empobrecidos. Y en la rabia de quienes sólo han encontrado injusticias y abusos. Tened las puertas siempre abiertas. Sed responsables de este mundo y de la vida de cada joven. Pensad que cada injusticia contra un pobre es una herida abierta en el corazón de Dios.

Trabajad por la paz entre los hombres, y no escuchad la voz de los que propagan el odio y la división. Que haya paz y perdón en vuestros hogares. Todos juntos formad una verdadera familia, una ciudad firme, un espacio inclusivo. Un Oratorio. Sed un Oratorio.

Que cada joven y cada mujer que encontráis crezca en sabiduría, en edad, en gracia ante Dios y ante los hombres, y se convierta en protagonista de una nueva humanidad.

Pedid cada día a Dios el don de la valentía. Recordad siempre que Jesús venció el miedo por nosotros. Venced al mundo con el arma de María, la ternura. Como ha recomendado el Papa Francisco: Jesús nos ha dado una luz que brilla en la oscuridad: defended, proteged esa luz. Esa única luz es la mayor riqueza confiada a vuestra vida.

Y, sobre todo, isoñad!! **No tengáis miedo de soñar.** Soñad. Soñad con un mundo **que** aún no podáis ver, pero que sin duda llegará.

Organizad la esperanza. Cuidad la creación. La esperanza nos lleva a creer en la existencia de una creación que se extiende hasta su plenitud última, cuando Dios será todo en todos.

Nuestro sueño es como la vida: es todo lo que tenemos.

No lo dejáis morir. Así que vamos, vamos a cambiar el mundo. Juntos.

El sueño de 9 años. Génesis de una vocación

El sueño de 9 años presentado en diez puntos, síntesis de una vocación celestial, confirmada por los frutos que produjo, presentado en la 42ª edición de Espiritualidad Salesiana de Valdocco, Turín.

Hace doscientos años, un niño de nueve años, pobre y sin más futuro que ser agricultor, tuvo un sueño. Se lo contó por la mañana a su madre, a su abuela y a sus hermanos, que se rieron de él. La abuela concluyó: “No hagas caso a los sueños”. Muchos años después, aquel niño, Juan Bosco, escribió: “Yo era de la opinión de mi abuela, sin embargo, nunca fue posible quitarme aquel sueño de la cabeza. Porque no era un sueño más y no murió al amanecer.

Primero: es una orden imperiosa

Don Lemoyne, el primer historiador de Don Bosco, resume así el sueño: “Le pareció ver al Divino Salvador vestido de blanco, radiante de la más espléndida luz, en el acto de conducir a una innumerable muchedumbre de jóvenes. Volviéndose hacia él, le había dicho: “Ven aquí: ponte a la cabeza de estos jóvenes y dirígelos tú mismo”. – Pero yo no soy capaz, respondió Juan. El Divino Salvador insistió imperiosamente hasta que Juan se puso a la cabeza de aquella multitud de muchachos y comenzó a guiarlos según la orden que le había sido dada. Como el “Sígueme” de Jesús.

Segundo: es el secreto de la alegría

Aquel sueño se repetía una y otra vez. Con una abrumadora

carga de energía. Era una fuente de seguridad gozosa y de fuerza inagotable para Juan Bosco. La fuente de su vida.

En el proceso diocesano para la causa de beatificación de Don Bosco, Don Rua, su primer sucesor, testimonió: “Me lo contó Lucia Turco, miembro de una familia donde D. Bosco iba a menudo a hospedarse con sus hermanos, que una mañana lo vieron llegar más alegre que de costumbre. Preguntado por la causa, respondió que durante la noche había tenido un sueño, que le había animado”.

Tercero: la respuesta

La pregunta para todos es: “¿Quieres una vida corriente o quieres cambiar el mundo?”.

Viktor Frankl subraya la diferencia entre “*sentido de la vida*” y “*sentido en la vida*”. El sentido de la vida se asocia a preguntas como ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el sentido de todo? ¿Cuál es el sentido de la vida? Muchas personas buscan las respuestas en la religión o en una noble misión por el bien común, como luchar contra la pobreza o detener el calentamiento global. A menudo es difícil encontrar el sentido de la vida; la lucha por comprender este concepto puede ser agotadora, sobre todo en tiempos difíciles, cuando nos cuesta incluso pasar el día. En cambio, es mucho más fácil encontrar sentido en la vida: en las cosas corrientes que hacemos por costumbre, en el momento presente, en las actividades cotidianas en casa o en el trabajo. Precisamente el sentido de la vida es el medio preferido para experimentar el bienestar espiritual.

Cuarto: un signo de lo alto

En el seminario, Don Bosco escribió una página de admirable humildad como motivación de su vocación: “El sueño de Morialdo siempre estuvo impreso en mí; es más, se había renovado mucho más claramente en otras ocasiones” Podemos estar seguros: había reconocido al Señor y a su Madre. A pesar de su modestia, no dudaba en absoluto de haber recibido la visita del Cielo. Tampoco dudaba de que esas visitas tenían por

objeto revelarles su futuro y el de su obra. Él mismo lo decía: “La Congregación Salesiana no ha dado un paso sin que se lo haya aconsejado un hecho sobrenatural. No ha llegado al punto de desarrollo en que se encuentra sin un mandato especial del Señor”.

Quinto: asistencia continua

“Luego oí decir a otros que preguntaba: – ¿Cómo cuidaré de tantas ovejas? ¿Y tantos corderos? ¿Dónde encontraré pastos para guardarlas? La Señora le respondió: – No temas, yo te ayudaré, y luego desapareció”.

Sexto: Una Maestra

Una Madre.

Séptimo: una misión

“Aquí está tu campo, aquí es donde debes trabajar -continuó la Señora-. Hazte humilde, fuerte, robusta: y lo que ves que les pasa a estos animales en este momento, debes hacerlo por mis hijos”.

Octavo: un método

“No con golpes, sino con mansedumbre y con caridad debes ganar a estos amigos tuyos”.

Noveno: los destinatarios

“Cuando miré vi que todos los chicos habían huido, y en su lugar vi una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y varios otros animales”.

Décimo: una obra

“Oprimido por el cansancio, quise sentarme junto a un camino cercano, pero la pastora me invitó a continuar mi camino. Después de un corto trecho, me encontré en un vasto patio con un pórtico alrededor, al final del cual había una iglesia. Entonces me di cuenta de que cuatro quintas partes de aquellos animales se habían convertido en corderos. Su número se hizo entonces muy grande. En aquel momento llegaron varios pastores para custodiarlos. Pero se detuvieron poco tiempo y pronto se

marcharon. Entonces ocurrió una maravilla. Muchos corderos se convirtieron en pastores y, a medida que crecían, cuidaban de los demás. Yo quería marcharme, pero la pastora me invitó a mirar al mediodía. 'Mira otra vez', me dijo, y volví a mirar. Entonces vi una iglesia alta y hermosa. En el interior de aquella iglesia había una banda blanca, en la que estaba escrito en grandes letras: *Hic domus mea, inde gloria mea*". Por eso, cuando entramos en la Basílica de María Auxiliadora, entramos en el sueño de Don Bosco.

El testamento de Don Bosco

El mismo Papa pidió a Don Bosco que escribiera el sueño para sus hijos. Comenzó así: "¿Para qué servirá entonces esta obra? Servirá como regla para superar las dificultades futuras, tomando lección del pasado; servirá para dar a conocer cómo Dios mismo ha guiado todo en todo momento; servirá a mis hijos como agradable diversión, cuando puedan leer las cosas en las que participó su padre, y las leerán con mucho más gusto cuando, llamado por Dios a dar cuenta de mis acciones, ya no esté entre ellos".

Por eso las Constituciones Salesianas comienzan con un "acto de fe": "Con un sentido de humilde gratitud creemos que la Sociedad de San Francisco de Sales nació no de un proyecto únicamente humano, sino por iniciativa de Dios".

La barca

Un atardecer, dos turistas que se encontraban en un camping a orillas de un lago decidieron cruzar el lago en barca para ir a tomar una "copa" al bar de la otra orilla.

Se quedaron allí hasta bien entrada la noche, vaciando un buen número de botellas.

Cuando salieron del bar se tambaleaban un poco, pero

consiguieron ocupar sus puestos en la barca para emprender el viaje de regreso.

Empezaron a remar enérgicamente. Sudando y resoplando, se esforzaron mucho durante dos horas. Finalmente, uno le dijo al otro

– ¿No crees que ya deberíamos haber tocado la otra orilla hace tiempo?

– Por supuesto, respondió el otro, pero quizás no hemos remado con suficiente energía.

Los dos redoblaron sus esfuerzos y remararon con decisión durante otra hora. Sólo cuando amaneció se dieron cuenta, asombrados, de que seguían en el mismo lugar.

Habían olvidado desatar la fuerte cuerda que ataba su barca al embarcadero.

Cuántas personas andan a tienta y se agitan durante todo el día sin llegar a nada porque no se liberan realmente de las ataduras y de los hábitos viscosos.

El horario del tren

Conocí a un hombre que se sabía de memoria el horario de los trenes, porque lo único que le daba alegría eran los ferrocarriles, y se pasaba todo el tiempo en la estación, observando cómo llegaban y cómo partían los trenes. Contemplaba maravillado los vagones, la fuerza de las locomotoras, el tamaño de las ruedas, observaba maravillado a los inspectores que saltaban a los vagones los revisores y el jefe de estación.

Conocía todos los trenes, sabía de dónde venían, a dónde se dirigían, cuándo llegarían a un lugar determinado y qué trenes partían de ese lugar y cuándo llegarían.

Sabía los números de los trenes, sabía qué día circulaban, si

tenían vagón restaurante, si esperaban conexiones o no. Sabía qué trenes tenían vagones correo y cuánto costaba un billete a Frauenfeld, a Olten, a Niederbipp o a cualquier otro lugar.

No iba al bar, no iba al cine, no salía a pasear, no tenía bicicleta, ni radio, ni televisión, no leía periódicos ni libros, y si recibía cartas, tampoco las leía. Para hacer estas cosas le faltaba tiempo, porque pasaba los días en la estación, y sólo cuando cambiaba el horario del ferrocarril, en mayo y octubre, no se le veía durante unas semanas.

Así que se sentaba en casa en su mesa y se lo aprendía todo de memoria, leía el nuevo horario de la primera a la última página, prestaba atención a los cambios y se alegraba cuando no los había. También ocurrió que alguien le preguntó por la hora de salida de un tren. Entonces se le ponía la cara radiante y quería saber exactamente cuál era el destino del viaje, y quien le había pedido la información sin duda perdía el tren, porque no lo dejaba pasar, no se contentaba con citar la hora, también citaba el número del tren, el número de vagones, las posibles conexiones, todos los horarios de salida; explicaba que se podía ir a París en ese tren, dónde había que bajarse y a qué hora se llegaba, y no entendía que a la gente no le interesara todo eso. Sin embargo, si alguien le plantaba allí y se marchaba antes de que hubiera enumerado todos sus conocimientos, se enfadaba, le insultaba y le gritaba:

– ¡Usted no tiene la mínima idea de ferrocarriles!

Él personalmente nunca se ha subido a un tren.

Eso no habría tenido sentido, decía, porque ya sabía de antemano a qué hora llegaba el tren (Peter Bichsel).

Muchas personas (entre ellas muchos eruditos distinguidos) lo saben todo sobre la Biblia, incluso la exégesis de los versículos más pequeños y ocultos, incluso el significado de las palabras más difíciles, e incluso lo que el escritor sagrado quiso decir realmente, aunque parezca lo contrario.

Pero no convierten nada de lo escrito en la Biblia en su vida personal.